



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Mariátegui y el ensayo: de la estructura de la modernidad a un discurso antrópico

Autor: Gómez-Martínez, José Luis

Forma sugerida de citar: Gómez-Martínez, J. L. (1994). Mariátegui y el ensayo: de la estructura de la modernidad a un discurso antrópico. *Cuadernos Americanos*, 6(48), 79-88.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 48, (noviembre-diciembre de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MARIÁTEGUI Y EL ENSAYO: DE LA ESTRUCTURA DE LA MODERNIDAD A UN DISCURSO ANTRÓPICO

Por *José Luis GÓMEZ-MARTÍNEZ*
UNIVERSIDAD DE GEORGIA

EL ENSAYO, como género literario, siempre ha sido una expresión problematizadora de las estructuras de la modernidad, por lo que su revalorización actual responde a algo más que al capricho de una moda. Situado en el gozne generacional, su característica más relevante es aquella que lo proyecta como agente contextualizador de las mismas estructuras que lo hacen posible. Refleja de este modo el funcionar del discurso axiológico del estar de un pueblo en un momento dado, al mismo tiempo que lo problematiza para desarrollar explícitamente su contextualización, y anuncia la estructura emergente de un nuevo discurso axiológico del estar que habrá de sustituir al que comienza a caducar. El ensayo siempre ha sido, por ello, el gran insurrecto entre los géneros literarios; confinado él mismo en su expresión tradicional dentro de la modernidad, se estructura en torno a absolutos, al mismo tiempo que se niega a aceptar aquéllos ya establecidos por la estructura de la modernidad a la que todavía pertenece y desde cuyo seno problematiza. Por su misma naturaleza problematizadora, el ensayo propone un discurso dialógico, muy próximo al dinamismo del discurso antrópico con que se comienza a superar la modernidad y la negatividad del periodo de transición que hoy día se conoce con el nombre de posmodernidad.

Los ensayos de Mariátegui ejemplifican bien este proceso; de ahí su actualidad. Mariátegui rehúsa ser encerrado en una fórmula fácil; su discurso no es bancario, no pretende ser poseedor de "la verdad". Sus ensayos son reflexivos, problematizadores; se encuentran, es verdad, insertos en el discurso de la modernidad y, por tanto, buscan proyectar una verdad que trascienda su propia contextualización, pero el énfasis no recae en posibles soluciones dadas,

sino en la dimensión dinámica, antrópica, que consiste en contextualizar, problematizar, las estructuras que nos rigen. Las páginas que siguen establecen una esquemática aproximación al Mariátegui ensayista, desde la perspectiva de un discurso antrópico. Los ensayos escogidos podrían haber sido otros, pues no pretenden ser exponentes de su pensamiento; pero, porque su discurso no es bancario sino ensayístico, emerge en ellos el Mariátegui profundo. Los ensayos de Mariátegui, como los de cualquier buen ensayista, capturan su acto de pensar en una reflexión de su propio contextualizarse. Por ello, cada ensayo tiene en germen la totalidad de su pensamiento. Para los propósitos de estas reflexiones, nos vamos a aproximar a Mariátegui en tres tiempos: en el primero resaltaremos su acción problematizadora; en el segundo la perspectiva globalizadora con que procede a contextualizar ciertas estructuras; en el tercero destacaremos el paso hacia una nueva estructura generacional.

1. Una acción problematizadora

LA toma de conciencia del discurso axiológico del estar —del que Mariátegui se sabe formar parte— se exterioriza a través de un proceso problematizador de dicha realidad. Esta actitud corresponde, por supuesto, al gozne generacional que deslinda los distintos planos de la modernidad: unas estructuras son reemplazadas por otras nuevas; los líderes de la nueva generación muestran las pautas que anulan las viejas estructuras a la vez que instalan las nuevas. El énfasis del proceso, cuando es creador y dentro del discurso de la modernidad, no recae en la destrucción del que se considera el viejo sistema, sino en la construcción de un nuevo orden, de nuevos absolutos, que den cuerpo igualmente a una renovada estructura social. La actitud del hombre, dice Mariátegui, “que se propone corregir la realidad es, ciertamente, más optimista que pesimista. Es pesimista en su protesta y en su condena del presente; pero es optimista en cuanto a su esperanza en el futuro. Todos los grandes ideales humanos han partido de una negación; pero todos han sido también una afirmación”.¹

¹ José Carlos Mariátegui, *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1982, 2 vols., I: 421. Todas las citas de Mariátegui provienen de esta edición. Para este estudio he hecho uso de los siguientes ensayos de Mariátegui: “La lucha final”; “Pesimismo de la realidad y optimismo del ideal”; “Pasadismo y futurismo”; “El problema primario del Perú”; “El hecho económico en la historia peruana”; “La enseñanza y la economía”; “Enseñanza única y enseñanza de clase”; “La civi-

Esta posición de Mariátegui puede ser analizada, con sus mismas palabras, desde dos perspectivas complementarias, pues muestra su dimensión creadora en cuanto ensayista y a la vez su actualidad en el debate posmoderno de hoy día. Desde el contexto de su época, Mariátegui, como sus contemporáneos, no cuestiona consistentemente el discurso de la modernidad sino sus estructuras; él agrupa a los miembros de su sociedad que toman conciencia del debate generacional en tres núcleos: a) aquellos que se aferran al presente y que lo ven en función de un pasado idealizado; b) los que rechazan el presente pero se sienten impotentes para modificarlo y c) quienes acompañan el rechazo del presente con una propuesta que afirma su transformación. A los primeros los asocia con un espíritu "pasadista" y afirma que la "primera declaratoria de guerra debe ser a las filosofías de retorno" (II: 424), es decir, a quienes defienden el mantenimiento una establecida imposición logocéntrica con el objetivo de perpetuar los privilegios que con ello asumían. En esta primera dimensión, Mariátegui coincide con la posición de los ensayistas más destacados de todos los tiempos. Su actitud ante el segundo núcleo es la que más lo acerca al debate de la posmodernidad. En efecto, Mariátegui considera que "la acción está hecha de negaciones y de afirmaciones" (I: 423), por lo que afirma que "las actitudes absolutamente negativas son estériles" (I: 422). Y con palabras todavía actuales nos señala que el "pesimismo exclusivamente negativo se limita a constatar con un gesto de impotencia y de desesperanza, la miseria de las cosas y la vanidad de los esfuerzos" (I: 422). Estas palabras adquieren hoy día nueva repercusión ante la crítica posmoderna, que se mantiene igualmente en una posición negativa absoluta, mediante la cual niega incluso la posibilidad de significar.

Mariátegui mediatiza este núcleo de pensadores al añadir un tercero en el que se incluye él mismo: "Los que no nos contentamos con la mediocridad, los que menos aún nos conformamos con la injusticia, somos frecuentemente designados como pesimistas. Pero, en verdad, el pesimismo domina mucho menos nuestro espíritu que el optimismo" (I: 422). Por ello proclamará que "la nueva generación en nuestra América como en todo el mundo es, ante todo, una generación que grita su fe, que canta su esperanza" (I: 422).

Lo que destaca a Mariátegui, lo que proporciona una dimensión dialógica a sus ensayos y lo que, en fin, lo aproxima al discurs-

lización y el caballo"; "Arte, revolución y decadencia"; "La torre de marfil"; "¿Existe una inquietud propia de nuestra época?".

so antrópico que emerge hoy día como superación de la modernidad es, precisamente, el rechazo de la negatividad implícita en la aproximación deconstructiva de la realidad; Mariátegui, dentro de la tradición ensayística, prefiere la afirmación del proceso problematizador. Que esta terminología sea nueva y que surja a raíz de la crisis de la modernidad, no implica que su conceptualización también lo sea. Ambos términos pueden aplicarse, sin ser forzados, a las reflexiones anteriores: a) El desconstruccionismo que aplican los pensadores de la denominada posmodernidad procede, como hubiera dicho Mariátegui, de una actitud absolutamente negativa, que hoy, como antes, conduce a la esterilidad. El método desconstruccionista reintegra, es cierto, los absolutos al seno de las estructuras que los hicieron posible y, de este modo, anula todo logocentrismo y los esquemas de opresión que pudieran acarrear. Pero la posmodernidad se queda en eso, en un rechazo de las estructuras de la modernidad, sin ofrecer una afirmación que sustituya a lo negado. b) El proceso problematizador es un proceso antrópico, es decir, es un proceso dinámico de contextualización de los absolutos; no los destruye, sólo niega su pretensión de pronunciar una verdad no mediatizada. El ensayista, al problematizar un concepto, simplemente lo reintegra, lo contextualiza de nuevo, en el seno de la estructura de que procede. Tal es también el modo como Mariátegui articula su pensamiento.

2. *Contextualización en perspectiva globalizadora*

CUANDO el ser humano se pronuncia, lo hace a través de su contextualización dentro de unas estructuras dadas. Su pensamiento se exterioriza, ineludiblemente, en el seno de un código que en cierto modo lo determina. El ensayista, cuando toma conciencia de dicha realidad, se contextualiza problematizando a la vez el código que hace posible su discurso: "Ningún gran artista ha sido extraño a las emociones de su época" (II: 241), nos dice Mariátegui. Una vez establecido este principio como fundamento estructural, los conceptos que luego se problematizan son secundarios. Lo esencial es que mediante el tema elegido se pongan de manifiesto los límites de lo que antes se aceptaba como evidente, o los entramados de opresión que implicaban ciertos usos. Tal es, por ejemplo, la función de los términos de "pasadismo" y "futurismo" con los que Mariátegui caracteriza una actitud de su tiempo: clasifica de pasadista la postura de nostalgia ante el pasado que consume a la clase conservadora que regía los destinos del Perú. Mariátegui contextualiza

las construcciones del pasado y despeja de ellas la pretensión de un significar absoluto; se trata siempre de construcciones a través de una comprensión del presente y en función de una visión de futuro; si falta este dinamismo "futurista", la construcción del pasado será endeble o, al revés, una construcción endeble del pasado es síntoma de la falta de una inteligencia del presente y de una visión de futuro. Por ello señala Mariátegui que

la capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir el presente y de inquietarse por el porvenir. El hombre moderno no es sólo el que más ha avanzado en la reconstrucción de lo que fue, sino también el que más ha avanzado en la previsión de lo que será.

De ahí concluye que

el espíritu de nuestra gente es, pues, pasadista; pero no es histórico. Tenemos algunos trabajos parciales de exploración histórica, mas no tenemos todavía ningún gran trabajo de síntesis... El culto romántico del pasado es una morbosidad de la cual necesitamos curarnos (II: 277).

La marca del ensayista, en efecto, se despliega precisamente en el destacar constantemente las estructuras de opresión presentes en toda contextualización. Mariátegui, en sus obras, se concentra en aquellos enunciados que problematizan las anomalías de su sociedad. Si el indio es un ser marginado, todo aquello que sirva para puntualizar el origen o la pervivencia de dicha marginación será de provecho para el ensayista. Ésta es la dimensión que desvuelve al reflexionar sobre la prohibición española de que el indio montara a caballo; Mariátegui establece en el símbolo del "caballo" y sobre todo del "caballero", una clave que explica un estado de opresión y que se proyecta en el uso cotidiano de expresiones como "caballero" o "las riendas del poder", o en las implicaciones, reales y simbólicas, de un indio a caballo.

La conciencia de su propia contextualización en el discurso axiológico del estar peruano es la nota distintiva de Mariátegui. Por ello, independientemente del tema que trate, es la circunstancia peruana la que late en el fondo de sus reflexiones. Esta toma de conciencia es también la que anima su constante problematización de las estructuras dadas que enfrenta. Y ante los que se encuentran asentados en esquemas que ellos proyectan como trascendentes a su propia contextualización y que, por tanto, ven como realidades

que no pueden ser modificadas, Mariátegui replica que "con negarse a ver un problema, no se consigue que el problema desaparezca" (II: 279). Del mismo modo que Mariátegui se siente prisionero de los límites que las estructuras convencionales le imponen en el momento de articular su pensamiento, de pronunciarse, reconoce igualmente que en el funcionar de una sociedad nada existe aislado, nada puede comprenderse independientemente de su contextualización en la compleja trama de la estructura a que pertenece. De ahí que Mariátegui intuya muy bien que la problematización más efectiva es aquella que consigue regresar un concepto al seno de la estructura que lo originó; es decir, el hacerlo reaparecer de nuevo pero sumergido en su propia contextualización. Así su reiterado énfasis en la situación del indio peruano, en la contextualización del fenómeno económico, de la educación, del arte... En cualquiera de estos temas fundamentales se encuentra el pensamiento de Mariátegui y ninguno de ellos parece ser comprensible si no es previamente contextualizado en los otros. Tal es la síntesis del pensamiento de Mariátegui, tal es también su mérito y actualidad como ensayista. Veamos brevemente este proceso de contextualización.

Ante la ineptitud de la clase dirigente peruana que autojustificaba su fracaso considerando al indio un problema que frenaba su marcha hacia el progreso, Mariátegui contextualiza la realidad del indio en el marco peruano y eso le permite transmutar el orden y ver al Perú en el indio: "El problema de los indios es el problema de cuatro millones de peruanos. Es el problema de las tres cuartas partes de la población del Perú. Es el problema de la mayoría. Es el problema de la nacionalidad" (II: 279). El problema del Perú se convierte así en el problema del indio, que a su vez sirve para contextualizar toda una serie de reflexiones: el avance social del Perú será el resultado del adelanto social del indio; el progreso económico del Perú vendrá a través de la liberación económica del indio; el auge cultural del Perú responderá a un sistema cultural cuyo objetivo sea la elevación, no la postergación del indio.

Una nota fundamental en la articulación del pensamiento de Mariátegui es la importancia que concede a los factores económicos en el devenir del discurso axiológico del estar peruano. Pero se desvirtuarían las implicaciones de su razonamiento si únicamente se atribuyera dicha preocupación a la indudable influencia que el marxismo tuvo en él. En efecto, lo que el marxismo haya podido contribuir a madurar su pensamiento es, en realidad, secundario, en el momento de reflexionar sobre el Perú, a la dimensión que proyec-

ta la contextualización del “hecho económico” en las estructuras sociopolíticas, por ejemplo, que han ido perfilando el Perú histórico que conocemos. Al contextualizar el llamado “proceso histórico” en las estructuras económicas presentes en el Perú, Mariátegui descubre cómo el factor económico emerge como uno de los principios —a veces el fundamental— de la legislación educativa, política y social del Perú. Este hecho resalta incluso más cuando, como señala Mariátegui, “los ensayos de interpretación de la historia de la República que duermen en los anaqueles de nuestras bibliotecas coinciden, generalmente, en su desdén o su ignorancia de la trama económica de toda política” (II: 296). Por ello, cuando Mariátegui afirma que “nada resulta más evidente que la imposibilidad de entender, sin el auxilio de la Economía, los fenómenos que dominan el proceso de formación de la nación peruana” (II: 297), la dirección de investigación que se contextualiza no es el marxismo, sino la ignorancia o la indiferencia ante un proceso en la historia de un pueblo.

Proyectemos las anteriores reflexiones en un aspecto concreto: la educación. Por los años en que Mariátegui escribió los anteriores ensayos se debatía en el mundo occidental los méritos de lo que se denominaba “la escuela única”. En los medios académicos dominaban las consideraciones pedagógicas independientes de cualquier contextualización política, social o económica. Mariátegui participó igualmente en el debate, pero lo hizo como ensayista; es decir, regresó la problemática cultural al contexto social en el que ineludiblemente estaba asentada. Independientemente ahora de toda ideología, se revelaba con claridad que el debate brotaba paralelo a las exigencias del proceso de industrialización y de la necesidad de una mano de obra cada vez más especializada. En el Perú, donde las exigencias de la industrialización no estaban todavía presentes, se mantenía, en realidad sin debate, una dualidad en el sistema educativo, que de hecho daba lugar a una enseñanza de clase. Mariátegui, pues, coloca la estructura de la escuela en entredicho, la problematiza al contextualizarla, para descubrir su función dentro de la estructura social que la determina:

La enseñanza, en el régimen demoburgués, se caracteriza, sobre todo, como una enseñanza de clase. La escuela burguesa distingue y separa a los niños en dos clases diferentes. El niño proletario, cualquiera que sea su capacidad, no tiene prácticamente derecho, en la escuela burguesa, sino a una instrucción elemental. El niño burgués, en cambio, también cualquiera que sea su capacidad, tiene derecho a la instrucción secundaria y superior. La enseñanza, en

este régimen, no sirve, pues, en ningún modo, para la selección de los mejores (II. 445).

Este proceso de contextualización, que es además lo fecundo de su obra, es el que motivará a Mariátegui a formular luego postulados fundamentales: "En Nuestra América, como en Europa y como en los Estados Unidos, la enseñanza obedece a los intereses del orden social y económico" (II: 248), y más adelante: "La cultura es en Nuestra América un privilegio más absoluto aún de la burguesía que en Europa" (II: 248).

3. *La nueva estructura generacional y el discurso antrópico*

EN todos sus ensayos, pero quizás con más precisión teórica en aquellos que versan sobre el arte, muestra Mariátegui las implicaciones problematizadoras inherentes en la toma de conciencia de que nuestra comunicación con el mundo sólo se efectúa a través de nuestra contextualización en las estructuras convencionales del discurso axiológico del estar de nuestro medio. Por ello afirma que "el arte se nutre siempre, conscientemente o no —esto es lo de menos— del absoluto de su época" (II: 412). Dichos absolutos perfilan también la fisonomía generacional que va marcando los diversos periodos en que agrupamos el devenir histórico. En el discurso de la modernidad representan, además, las proyecciones trascendentales, o sea, aquellas "verdades" que actúan como si fueran indiferentes o independientes de su contextualización original. Tal es el proceso generacional que desarrolla Mariátegui: "Existe una inquietud propia de nuestra época, en el sentido de que esta época tiene, como todas las épocas de transición y de crisis, problemas que la individualizan" (II: 423).

La problemática surge cuando reintegramos dichos absolutos en el seno de las estructuras que los hicieron posibles; es decir, cuando a través de una aproximación problematizadora los contextualizamos de nuevo en las estructuras convencionales que los originaron. Es entonces cuando los ídolos se derrumban, nos abandonan, y proyectan nuestra ansia de absoluto en el vacío. Esta realidad es fundamental en el pensamiento de Mariátegui. Por ello afirmará también que "la inquietud contemporánea, por consiguiente, está hecha de factores negativos y positivos" (II: 424). Ambos procesos deben, según Mariátegui, surgir enlazados como parte de un todo; pero en las mentalidades que él denomina "decadentes", domina un mórbido deleite en la dimensión destructora de absolutos

y en la contemplación de un vacío de ilusiones. Desarrolla el concepto del siguiente modo:

El escepticismo se contentaba con contrastar la irrealidad de las grandes ilusiones humanas [el desconstruccionismo posmoderno actual]. El relativismo no se conforma con el mismo negativo e infecundo resultado. Empieza por enseñar que la realidad es una ilusión; pero concluye por reconocer que la ilusión, es, a su vez, una realidad. Niega que existan verdades absolutas; pero se da cuenta de que los hombres tienen que creer en sus verdades relativas como si fueran absolutas (I: 419).

Mariátegui problematiza, por tanto, las estructuras de la modernidad desde la misma modernidad. En esto se diferencia de nuestro momento actual: ahora problematizamos el funcionar de la modernidad, el tener que depender de la construcción artificial y siempre opresora de los absolutos. Pero ahora, como antes, el debate generacional que repercute en las realizaciones sociales se entabla entre los que se detienen en la visión negativa del proceso desconstruccionista desde lo que se denomina la posmodernidad, y quienes proceden con un método problematizador, que permite una nueva superación que proyecta esta vez a un discurso antrópico. Los resultados que pretende nuestra generación, mediante el discurso antrópico, difieren, es verdad, de los que perseguía Mariátegui: él buscaba construir nuevos absolutos, nosotros buscamos reconocer la dimensión antrópica de nuestro estar siendo. No obstante, independiente de los resultados que en ambos casos perseguimos, Mariátegui se erige como pensador actual, por coincidir con nosotros en la necesidad de una aproximación problematizadora; es decir, de una aproximación que incluye, junto al esfuerzo por destruir los absolutos, que nos detienen en nuestra marcha como individuos y como miembros de la comunidad humana, una dimensión constructora de nuevos ideales. También coincidimos en enfocar nuestro momento como una lucha final:

Se trata, efectivamente, de la lucha final de una época y de una clase. El progreso —o el proceso humano— se cumple por etapas. Por consiguiente, la humanidad tiene perennemente la necesidad de sentirse próxima a una meta. La meta de hoy no será seguramente la meta de mañana; pero para la teoría humana en marcha, es la meta final (I: 417).

Mariátegui, dentro de las estructuras de la modernidad que no cuestiona, percibe que el derrumbe de un ídolo (su contextualización en la estructura que lo origina) sólo es un proceso creador si se

hace desde nuevos ídolos que de nuevo se proyecten como absolutos (ajenos a su propia contextualización). A diferencia de nuestro momento actual, Mariátegui no problematiza este proceso que cree necesario, pero en su misma construcción abre la puerta para que el proceso se inicie de nuevo; es más, en ello ve la vitalidad de una generación: ‘La ilusión de la lucha final resulta, pues, una ilusión muy antigua y muy moderna’ (I: 419), ya que ‘el mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo’ (I: 418). Este llamado a la reflexión constante, este entregarnos un pensamiento para que el lector a su vez lo problematice, es la constante del ensayo como expresión creadora. Este proceso dinámico es también la nota característica del discurso antrópico que comienza a formularse hoy día. En esta coincidencia de objetivos reside la actualidad del ensayo, y en esta característica del ensayo que maneja con tanto éxito Mariátegui, reside igualmente el que sus reflexiones sigan dialogando con nuestra generación.